

EL PÚBLICO DE LA PLAZA DE MADRID

No es el que era. Ha variado por completo. Antes los toreros procuraban al alternar aquí portarse como para ser juzgados por un juez severo é inteligente. Todos los adornos de mentira y todos los desplantes de circo, se quedaban para algunas plazas de provincias, en las que, por verse pocos toros, se entendía menos. Se tenía respeto a la plaza de Madrid. Aseguraban que debían aquí lidiar bien, con seriedad, aunque se procurase hacer todos los adornos posibles.

Ahora los toreros (que saben, y no son malos), están bien enterados de que el público de esta plaza no exige la verdad; y, si se realiza, no la aprecia; ni agradece las faenas formales y serias; y, naturalmente, hacen lo malo, porque es más fácil.

El público de la plaza de Madrid está afeminado. Griten lo que quieran los aficionados jóvenes; llamen viejo al que no piense como ellos; procla-

men la bondad de estos tiempos. Están en un error. En materia de lidia de toros, el público está afeminado; pero muy afeminado; y tiene un gusto detestable. Sólo le convencen las novedades, sean como fueren. Juzga siempre con prejuicios; de antemano; sin conocer bien las cosas, falla en un sentido ú en otro.

Me hace el efecto este público modernísimo de esas personas á quienes gusta más un cromo muy reluciente, con muchos colorines y dorados, que un hermoso cuadro de Rubens ó Velázquez, que tenga color bajo, por la acción del tiempo, ó por el buenísimo gusto del artista. También recuerdan, á veces, á esas gentes de pueblo que prefieren el tabaco malo de estanco á los cigarros habanos de primera, por haber fumado siempre de lo de aquella clase, y tener hecho el gusto á lo peor.

El mayor vicio que se padece, ya lo decíamos antes, consiste en ir á la plaza, no á ver la corrida, los toros, sino á ver cómo se puede aplaudir á un torero determinado. Y también se padece la enfermedad de la intransigencia: no tolerar que se aplauda nada á otro diestro que al suyo, como si ser uno bueno quitase mérito al otro. Muchos aficionados parecen mujeres enamoradas.

Lo más notable es que la generalidad de los espectadores no saben cuando se torea bien ni mal. Han cído, por ejemplo, que Fulano es colosal en esto ó en lo otro, y ya se figuran que en cuanto Fulano haga eso hay que aplaudir á rabiar y sacarlo

en hombros, como si, á veces, no pudiera salirle mal lo que siempre hace bien; y en hombros lo sacan, así haya estado desastrosamente. No saben distinguir.

Sucede como en el teatro cuando el público está acostumbrado á que un actor determinado haga siempre papeles cómicos. Como siempre cree que hay que reírle las gracias, si alguna vez el tal actor se encarga, por cualquier circunstancia, de un papel serio, en cuanto hable, y aunque diga las mayores tristezas, el público se reirá probablemente á carcajadas, creyendo que solo gracias puede aquél contar. Esto suele ocurrir con frecuencia.

Hoy va á los toros mucha gente por moda, por pasar un rato, aunque no le importe nada la lidia, ni sepa lo que es. De aquí resulta el malísimo gusto y las injusticias que se hacen con toreros serios y buenos. Algunos de éstos, con razón, se lamentan de eso, viendo que ellos exponen tanto, y ni lo aplauden ni lo agradecen, prefiriendo las tonterías de otros.

Pocos saben juzgar por sí. Se dejan arrastrar por una corriente mala. Y cada vez hay mayor número de los que prefieren lo vicioso y no ven lo bueno. Pocos se percatan de las buenas faenas hechas con toros mansos y malos y difíciles; como no haya toquecitos de cuernos y tonterías, no se conforman.

Para la generalidad de los espectadores de la plaza de Madrid hay cuatro clases de toreros: el

ídolo, el contrario, el tolerado y los indiferentes. El ídolo es el suyo, al que hay que aplaudir. El contrario es el que hace, o creen ellos que hace, sombra o competencia á su amor; al contrario hay que silbar siempre. El tolerado suele ser un torero viejo y bueno, con el que transige, en parte, por dos razones: porque por tener otro toreo ú otras suertes predilectas no se opone al ídolo, y porque por ser bueno resta aplausos al contrario. Los indiferentes son todos los demás, de menor categoría, á los que nada consienten y de los que siempre se burlan por compararlos con su *fenómeno*, para que resulte la gran diferencia á favor de éste. Contra esta última clase son todos los improperios y todas las exigencias, no tolerándoles nada que se permite á los buenos (que cobran mucho más), y exigiéndoles lo que no se les pide á los de fama. Contra éstos, que no están protegidos por nadie, son todos los atrevimientos, y á éstos es á los que se habla de las reglas del toreo y de los deberes de los diestros. A las primeros, en vez de exigirseles más, se les exige menos, y en vez de tolerarles menos, se les tolera más.

A veces, muy de tarde en tarde, ante una labor de primera se hace justicia á algunos de estos toreros de segunda fila por parte del público; y aun en esos casos siempre se encuentra algo que rebaja mérito; claro, como que no hizo la labor un favorito.

Parece como si tuvieran celos de que un buen

trabajo no sea de su ídolo, y critican si es otro el que lo realiza.

No se ve más que injusticias y mal gusto, hoy por hoy, en esta plaza. Es una lástima.

Hasta parece que los toreros quieren ejecutar lo debido y el público se opone. Porque los toreros son buenos, y *hay quien sabe torear como no se ha toreado nunca, y es más largo que han sido casi todos los pasados.*

¿En qué parará todo? No se sabe. Por lo pronto hoy en Madrid se dan ovaciones grandes, á veces, **cuando se degüellan los toros.**

LOS MODOS DE ENTRAR A MATAR

Existe entre los aficionados, y aun entre los revisteros y los toreros también, una gran confusión en cuanto se refiere al modo de entrar á matar. Y nace esta confusión de llamar á una misma cosa de diferentes modos, ó fijarse en detalles tan pequeños, que nada demuestran.

La mitad de las veces que se dice: *una estocada arrancando, una estocada á un tiempo, una aguantando, etc., etc.*; hay errores en la expresión. Se dice otra cosa de la que se debía decir.

Y no sería malo fijar lo que es cada estocada, para que se distingan bien.

El mayor error, la equivocación mayor que se comete, consiste en creer que la estocada *aguantando* resulta cuando el matador *quiso* recibir, y no esperó lo bastante para consumir la suerte. Si fuese así, si el diestro no hubiera esperado lo suficiente, sería tontería decir que aguantó, pues lo que hizo, precisamente, fué *no aguantar*. Y una cosa es que no se pueda hacer una suerte, y otra, que por defecto al ejecutar una, resulte otra. No hay nada de eso. La suerte de aguantar se realiza:

cuando el diestro, una vez armado, ve que el toro se le viene encima, *sin citarlo, sin que el se lo propusiera*, y en vez de salirse, espera y recibe. Es decir, que es la suerte de recibir, cuando se efectúa, sin que el diestro se lo propusiera, ó aunque pensase hacerla, se le viene el toro antes de tiempo, antes de citarlo. Es, pues, de sorpresa, y, por lo tanto difícilísima. No se consuma si el diestro parte también, ha de esperar.

Se ve, pues, que por lo general se llama *aguantar* á un *defecto*, cuando es la suerte más difícil y que necesita más valor.

La estocada *á un tiempo*, da lugar á errores también. Confúndense casi siempre estos términos: *á un tiempo, arrancando y al encuentro*. Todo ello son estocadas *á un tiempo*; en todos estos casos parten el toro y el torero. Entiendo, que sólo se distinguen en pequeñísimos detalles, que, á veces, son inapreciables. Estocada *á un tiempo*, es toda aquella en que ni el toro ni el diestro esperan, sino que los dos avanzan uno á otro.

Llaman algunos estocada *arrancando*, á aquella en que el torero parte un poco antes, y el toro un poco después.

Y se llama estocada *al encuentro*, á aquella en que el diestro cita, y al ver que el toro parte y gana terreno, parte él mejorándose; ó á aquella en que el diestro, sin citar, ve que el toro le arranca, y no espera, ni se sale de la suerte, sino que parte él también y clava al encontrarse.

Es decir, que el toro parte antes que el diestro.

Como en la estocada *á un tiempo* es imposible que matemáticamente arranquen, diestro y toro, en el mismo instante, y siempre será uno el que parta primero, creemos que no es cosa de medir los instantes y las pulgadas de terreno, pudiendo muy bien reducirse *á estocadas á un tiempo*, las propiamente tales y las *al encuentro* y *arrancando*. Hay más facilidad y más sencillez, llamando á todas *á un tiempo*, aunque de la otra manera se especifica más.

De modo que los sistemas, bases de donde resultan los demás, son tres: *estocada recibiendo*, *estocada á un tiempo* y *estocada al volapié*. Y no hay término medio. O el toro va al torero, ó los dos parten uno á otro, ó el torero va al toro. No hay más términos.

De la estocada recibiendo nace *la aguantando*, en la que hay el detalle de la sorpresa, porque *no hay cite*.

De la estocada *á un tiempo* (si se quiere especificar) resultan: la *arrancando* y la *al encuentro*, según el torero parte antes, ó el toro, respectivamente.

Y de la estocada al volapié resultan, por ir en todas el torero al toro, las de recurso *á paso de banderillas*, *á la media vuelta*, *á toro corrido*, etc. En la estocada á toro corrido, la res no está parada, pero *no va al matador*, sino que sigue á un capote, ó lleva un viaje anterior.

De modo que se podría formar el cuadro siguiente:

Yendo el toro al diestro.	Con cite previo.	<i>Recibiendo.</i>
	Sin cite.	<i>Aguantando.</i>
Yendo el torero á la res.	Suerte de ley.	<i>Volapié.</i>
		<i>Media vuelta.</i>
	Suertes de recurso.	<i>Paso de banderillas.</i>
		<i>Toro corrido, etc.</i>
Partiendo ambos.	A la vez los dos.	<i>A un tiempo.</i>
	Un poco antes el diestro.	<i>Arrancando.</i>
	Un poco antes el toro.	<i>Al encuentro.</i>

ESTOCADAS

MAS SOBRE LOS CAMBIOS Y LOS QUIEBROS

Quiero insistir, aunque me parece que quedó bien sentada la diferencia, en esto de distinguir los cambios y los quiebros, por entender que se debe procurar que de una vez dejen de confundir esas suertes los aficionados y dejen de llamarlas mal muchos diestros y algunos revisteros. No se me llame pesado.

Decimos antes que desde Montes, siempre, se ha entendido por *cambio*; *aquella suerte, que consiste en marcar la salida del toro por un lado y dársela por el otro; por consiguiente, sólo puede hacerse con la capa, con la muleta ó con otro cualquier engaño, que, así como estos, pueda dirigirse con facilidad, y se lleve al toro bien metido en él.*

Son, pues, los caracteres principales que distinguen la suerte, *y sin los cuales no puede haberla, dos: 1.º Que se cambie el terreno de la res, á la que se llama en jurisdicción, por un lado, y se la*

hace salir por el otro, pasando, por lo tanto, por delante del diestro, y 2.º Que *hay que hacerla con un engaño*, muleta, capa, etc., y *no á cuerpo limpio*, porque no podría ser.

El viaje ó camino que sigue el toro, describe (como dice Sánchez de Neira) un siete al revés; es así: \angle , y si se añade la salida completa de la res, podríamos decir que se describe á veces *casi un cuatro*: \angle_i .

Se entiende por quiebro: la suerte que consiste en esperar el toro á cuerpo limpio, en rectitud frente á él, y al llegar á jurisdicción, cargar la suerte á uno de los lados con una inclinación del cuerpo, sacando un pie, ó sin mover ninguno (cosa que creo imposible), y volviendo á la primera posición para estar fuera de cacho al dar la res la cabezada.

Caracteres del quiebro: 1.º Que se da sin engaño, á cuerpo limpio. 2.º Que en él *no se cambia el terreno de la res de un lado del diestro á otro.*

De manera que no se puede decir que se ponen banderillas al cambio.

(Véase lo dicho en las págs. 190, 191, 192, 193 y 204 con detenimiento.)

No importa que llamen así á las banderillas al quiebro los revisteros poco enterados, y que no se paran á pensar cinco minutos en las suertes, ni saben lo que son cada una. Ni importa tampoco que se expresen mal muchos toreros que llaman cambio al quiebro. Los diestros saben ejecutar,

pero no he oído que ninguno sea maestro en gramática, ni se distinga por su elegante y preciso modo de hablar; siendo natural que padezcan errores.

No importa que hace tiempo así se diga por muchos. Así como nos reiríamos de un cocinero que dijera que hacía pastel de liebre sin liebre, debemos reirnos de los diestros que dicen que ponen banderillas al cambio, *sin cambio*, sin cambiar á la res de terreno, *en jurisdicción*.

Y si hasta el que lo inventó dice banderillas al cambio, dice una tontería; es un error, es el pastel de liebre sin liebre.

Pero los imperdonables son los revisteros malos, que los hay á montones, al lado de los buenos que saben expresarse bien. Y digo que son imperdonables porque ellos si tienen obligación de saber los nombres; y también porque ellos son causa de que el error se extienda.

Tienen á menos muchos de estos señores seguir la opinión de los demás; y no dan su brazo á torcer así mantengan el mayor de los disparates; les costaría mucho decir que se equivocaban, por creer que así dejarían de ser tenidos por maestros.

No porque una cosa se haya llamado mal muchas veces, hay razón para persistir en el error. Los revisteros serios debían exigir á los corresponsales que se expresaran bien, que pocos lo hacen.

Para hacer que el toro cambiase de terreno al poner banderillas, esto es, para que hubiera *cam-*

bio sería preciso quebrar, *en jurisdicción*, primero á un lado y luego al otro.

¡¡Morrocotudo quiebro había de ser el segundo!!
¿Se puede hacer esto?

Y observése bien que para que se haga la suerte del *cambio* tiene que cambiarse el terreno del toro *en jurisdicción* (y van cien veces). No se ejecuta aunque la dirección del toro varíe de lejos; no. Por eso no se hace un cambio cuando se tantea á distancia á la res, para ver si atenderá bien.

De otra manera todas las suertes de la lidia serían cambios. En todas se varía la dirección de la res, claro, como que si nó, darían la cogida. En todas las suertes se hace que el toro varíe el viaje. Pero en la llamada cambio, se cita *en jurisdicción* por un lado del diestro, y se saca á la res por el otro, *con un engaño cualquiera*, y pasando por delante del pecho del torero.

Yo, humilde bachiller, apelo á todos los licenciados y doctores de pluma y de coleta, á todos los maestros en el torear y en el escribir para que se diga cambio al cambio, y quiebro al quiebro, y para que, por consiguiente, no digan el disparate de banderillas al cambio.

Hay revistero que hasta hace depender que la suerte sea cambio ó quiebro de lo que espera el diestro, de que éste esté quieto más ó menos tiempo.

En un buen periódico de toros, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, no ha mucho tiempo que decía un escritor: «Cogió las banderillas, y al cambio,

»fíjense ustedes, señores doctores, al cambio, puesto
»que no aguantó lo suficiente para llamarlo quiebro;
»ni quebró de cintura como fulano, zutano y peren-
»gano, puso dos pares, etc., etc.»

De manera que para el que tal dijo; consiste todo en que se aguante más ó menos. Esos son los únicos caracteres que, según él, distinguen esas suertes. ¡Depende todo de lo que se espera! ¡¡El colmo!! Además de que, ni fulano, ni zutano, ni perengano quiebran, ni han quebrado nunca de cintura, sino sacando un piececito al lado, como todo el mundo. ¿Cuántos pares ha visto ese señor poner, sin mover los pies? Aparte de que aunque se pusieran sin mover los pies alguna vez, no dejaría de ser cada suerte lo que apuntamos.

Quando se ve poner á un diestro un pañuelo en el suelo, para, metidos los dos pies en él, citar al quiebro, se figuran *los que ven poco*, que va á clavar sin sacar ninguno. No es eso. Se pone el pañuelo para que se vea que sólo se mueve uno, y que el otro esta quieto, y *no se pierde terreno* en la rectitud primera, *que es lo importante*; y, además, para luego volver á poner dentro el pie que se sacó, demostrando una precisión grandísima.

Quando se ve que, atados los pies, con una cuerda ó pañuelo, cita al quiebro un banderillero, no saben *los cortos de vista*, que el nudo está muy flojo y suave y que se suelta fácilmente. No se puede sólo con la cintura dar la salida á la res, ni aun siendo un junco. Consulten, consulten á Guerrita,

á Quinito, á Fuentes, á Bombita, al que quieran, y entérense los doctores.

Y pregunto yo: pues, si se llama cambio á la suerte que es quiebro, ¿cuándo se realiza el quiebro? ¿cuándo se puede decir que se quiebra? ¿Es que el quiebro es una suerte ilusoria?

¿No llaman cambio al que se hace, según las reglas que yo indico, de rodillas, y al que se hace con la muleta?

Pues, si esto es así, ¿cómo llaman también cambio á una cosa tan distinta, y casi opuesta?

Convénzanse de una vez. Piensen un poco. Dejen de decir y escribir ese disparate.

Crean que también los maestros se equivocan, á veces, y crean que, á lo mejor, los más modestos son los que tienen razón.

JOSELITO Y BELMONTE

I

Ya es empresa difícil y atrevida lanzarse á hacer juicio sobre el trabajo de estos diestros.

Imposible es que una labor así guste á muchos, ó, mejor, guste á algunos. Nadie la encontrará justa, porque no ha de adoptarse, de fijo, al parecer de ninguno. El que más y el que menos está atacado de *fulanismo* ó *fulanitis*, esa enfermedad que todo lo invade al presente. Para juzgar á los diestros hay que tener amor á los toros, á las corridas, no á los toreros.

Mi deseo es aplaudir siempre, porque es señal de que lo hacen bien, pero digo lo malo que encuentro, y procuro hacerlo ver á las claras, sea quien fuere el que lo ejecute. Si pudiera, iría á la plaza sin saber quienes iban á torear. Para mí la persona, el hombre, tratándose de la lidia, en el momen-

to de ejecutar, es lo de menos; lo que importa es lo que hace. Como cuando voy al teatro, lo que me interesa es que canten bien; me importa poco que sean unos ú otros.

Lo interesante es el arte; y para el fin de recrearse con el arte, los artistas son lo de menos. La obra, la obra es lo que importa. Si se me dice que el cuadro de las *Meninas* no fué pintado por Velázquez, sino por González, me dará lo mismo, seguirá gustándome igual, y diré que en ese caso González fué un pintor asombroso.

¿Sucede así en los toros, por lo general? De ningún modo. Una misma suerte parece á algunos bien ó mal, según quien la ejecutó, si era ó no su ídolo.

Podía yo ser amigo de varios diestros, por determinadas circunstancias. Y aun siendo muy de mi agrado la gente que se dedica á la lidia de reses, gente que suele tener una nobleza que no se encuentra fácilmente en otras clases que viven del público, y con ocasiones que, sin buscarlas, me acercan á ellos, sigo sin querer hablar á ningún torero de los que actúan para tener seguridad de que la amistad no ha de hacerme ser parcial nunca.

Aquí, tratando de poner en evidencia lo bueno y lo malo de José y de Juan, pues ambos, naturalmente, tienen de todo, he de caer en desgracia para con las huestes que en favor de uno y otro militan (con harta destemplanza).

Las de Joselito fórmanlas los antiguos partida-

rios de su hermano Rafael, pero aumentados en número considerablemente.

Las huestes de Belmonte son las antiguas Bombistas, que ahora oponen á los Gallos el torero de Triana.

Entiendo, sin embargo, que acaso guste mi apreciación á los *pocos* aficionados imparciales que no sean *fulanistas* y que aplauden lo bueno allí donde está.

No quiero quitar ni dar mérito á ninguno de los dos muchachos. Todos los toreros habidos y por haber, por buenos que hayan sido, han tenido y tendrán defectos, como todo lo humano, y mostrarlos no es afán de rebajar mérito, sino deseo de que se corrijan.

Y hay que tener muy en cuenta y no olvidar que lo que yo digo de ellos en este libro se refiere, naturalmente, sólo á lo que hasta ahora han hecho. No soy profeta, ni es capaz nadie tampoco de decir lo que harán. Pueden ellos irse transformando mucho ó poco. De modo que lo que yo juzgo es lo que ya han realizado en su vida torera hasta hoy.

Y digo esto, porque el libro queda y siempre dice lo mismo; no sufre transformaciones como los toreros en su arte, y podía creerse con el tiempo que yo afirmaba grandes errores.

II

Para demostrar bien las condiciones de un torero y para juzgarlo acertadamente, es preciso ir despacio, y no generalizar; ir por partes, ver lo que hace en cada tercio, en cada suerte.

En todo, por lo común, cuando se generaliza, se equivoca uno.

Eso de que por tener un defecto se deje de ser buen torero, es un error, como es un error pensar que, por hacer una cosa bien, se es maestro.

Por eso niego rotundamente que se pueda decir: *este es el mejor torero*, así, en general; creyendo que todo lo hace mejor. Cada uno hace bien unas cosas y mal otras; nadie es completo.

Y tampoco hay ninguno, ó hay pocos, que no tengan algo regular. Hay que examinarlos por partes, y ver cuál reúne más bueno.

El afán de generalizar y de saber cuál es *el mejor*, *el más grande*, etc., es propio de niños. Todos ellos preguntan cuál fué el mejor rey, el mejor navegante, el mejor torero; sin saber que siempre ha sucedido que unos han hecho bien unas cosas y otros otras.

Los adoradores de ídolos taurómacos generali-

zan siempre: *Fulano es el mejor*. Nosotros, no hemos de hacer eso.

Veamos cuándo se puede decir de uno que es buen torero. Recordemos las condiciones que Montes exige al lidiador (pág. 110): *Valor, ligereza y un perfecto conocimiento en su profesión*, del arte del toreo; y nosotros añadíamos una cualidad complementaria, que no es precisa: *la gracia, el adorno, la elegancia*.

El que reúna estas condiciones en mayor número, y en mayor grado, toreará mejor, será mejor torero; y lo será también el que mayor número de suertes ejecute bien, y mejor conozca á las reses y las prepare para él y para los compañeros.

Y ser buen espada, es reunir todas las condiciones de los toreros, y además las particulares y propias de los matadores, como en otro lugar decimos.

Hay toreros especialistas, y hay toreros *largos*, como ellos dicen, que ejecutan muchas cosas. Los primeros hacen bien lo suyo, están bien en algún tercio; los segundos, dominan más todo, aunque, naturalmente, también tengan preferencias por algo y lo ejecuten mejor. Todos se distinguen más en algo determinado.

Algunos hacen muy pocas suertes, pero esas á la perfección. Y otros tienen como defensa el adorno, la elegancia, la gracia.

Veamos, pues, con tranquilidad, sin pasión, el toreo de Joselito y de Belmonte; sus condiciones, el conocimiento que tienen del arte, que se subdi-

vide en conocimiento de las reses y conocimiento de las suertes. Veamos el valor, y todo lo que á ellos se refiere, y todo lo que hacen. Aplaudir á uno en una cosa no es censurar al otro. Los estudiaremos en cada uno de los tercios, y en cada uno de los momentos, ó poco menos. Expondremos lo que nos parezca justo, y luego que cada uno forme su juicio.

III

No puede dudarse que José Gómez *Gallito* es uno de los diestros con más facultades. Tiene gran vista para el ganado, y una fuerza en las piernas, y una agilidad de primera.

En el primer tercio hay que apuntar, juzgando con imparcialidad, que es uno de los poquísimos (acaso no haya tres) que dirigen bien la lidia y que se hacen respetar. Y es que sabe, y que tiene energía. En sus toros manda siempre lo que ha de hacerse, y, por lo general, manda muy bien; siendo raro hoy en día que el matador sea respetado por la cuadrilla. Los toros que se corren más por derecho en el primer tercio, á punta de capote, son los suyos.

Está siempre bien colocado, y de ahí su oportunidad en los quites, que va mejorando de día en día. No deja ni un momento de estar en la lidia, y jamás desatiende al toro. Aun siendo el más joven de los matadores, se impone y dirige, hasta en los toros que son de otros.

Corre á los toros por derecho á la perfección, gracias á sus grandes facultades; y conoce á las reses pronto y bien, deduciendo en seguida lo que

se les debe hacer, como lo prueba en los tres tercios.

En los quites está bien, cada vez se mete más; y en la preparación para colocar al toro en suerte para el picador es el primero.

Los recortes y las medias verónicas, los ejecuta limpios y cada vez más ceñidos, quizá por la emulación que despierta otro torero. (En esto acertamos, cuando lo dijimos hace tiempo.)

En las verónicas, del mismo modo, se ve que rápidamente va adelantando y parando más. En esta suerte era realmente, muy deficiente; paraba poco y no eran ceñidas. Se veía que no eran valientes las suyas, por lo general, teniendo los dos defectos que apuntamos; pero, repetimos, se nota una gran mejoría, cada vez mayor perfección, más quietud, y las da ya que nada hay que pedirles ni pueden mejorarse mucho. Recoge bien y manda con el capote.

Abusa de esta suerte, como todos los toreros de ahora, porque el público pide eso con todos los toros.

De todos modos, hay que señalarle el defecto que él *y todos* los diestros tienen de levantar los brazos, sobre todo el de fuera, para despedir á la res, en vez de estirarlos sin levantarlos. Antes se toreaba con las manos á la altura de la cintura ó poco más, y se *alargaban* los brazos sin levantarlos más que en los casos, que los hay, en que se debía hacer. Hablando de Belmonte, explicamos esto un poco más.

En el segundo tercio, cuando no es toro suyo, sigue dirigiendo, y ayudando á los que parean eficazísimamente.

Y en cuanto á Joselito como banderillero, aun con un gran defecto que tiene, hay que decir que es de lo mejor; un banderillero de los que hacen época.

Encuentra toro siempre, y se adorna y prepara á la res, sin necesidad de que los demás la aburran á capotazos. Hace todas las suertes con extraordinaria facilidad. Sólo una no le he visto hacer, sin afirmar que no la haya hecho, el sesgo; tengo ganas de verle parear así. En los pares de dentro á fuera, y en los comprometidos es el número uno.

Sin embargo, como indico, tiene un defecto y grande; la preferencia por clavar siempre por la derecha. De este mal se iba corrigiendo, ahora vuelve otra vez á entrar siempre por el mismo lado. Esto es ser incompleto en realidad; hay toros á los que hay que banderillar por la izquierda, muchos.

Y opino yo, que este defecto será corregido en cuanto quiera el interesado. Bastará que se proponga unas cuantas corridas seguidas clavar, si se debe, por la izquierda, y en cuanto se quite la costumbre irá lo mismo por un lado que por otro. Es una lástima que tenga ese lunar. Si desaparece, será uno de los banderilleros mejores que ha habido.

Vamos á juzgar á Joselito en el último tercio;

hablemos primero del toreo de muleta, y luego de las estocadas.

Es el matador que antes domina al toro, y se queda con él inmediatamente, á los tres pases ó cuatro, el toro es suyo, y esto es un mérito grande. Cuando quiere pasar despacio, sin esos desplantes que tanto gustan á los que no saben de la misa la media, cuando da esos pases naturales largos, recogiendo, suaves, despacio y tranquilo, raya á gran altura.

Por lo general está muy cerca y muy valiente, dominando siempre, aunque prefiera y abuse de ese toreo moderno que atonta á la res y que enloquece á los modernos doctores en tauromaquia. A mi eso no me gusta; pero guste ó no, Joselito es el que lo hace mejor, y sabiendo más lo que hace.

Si este diestro torease más por alto, y con más tranquilidad (cosas que acaso á la multitud no gusten hoy); si se estilase ahora el toreo de otros tiempos, de fijo sería una maravilla, como lo es en eso de tocar los cuernos, arrodillarse y estar cerca de la cuna.

Casi siempre torea solo, y con gran conocimiento y seguridad. Tiene una excelente mano izquierda, aunque él abuse, como todos, si bien no tanto como otros, de torear con la derecha; todos dejan de torear con la izquierda para realizar las tonterías modernas, y porque es más fácil. Parece que él va corrigiéndose de esto mucho.

Sabe y puede hacer lo bueno, aunque el públi-

co no pida eso, resultándole pases de pecho y naturales superiores. Está parado y bien colocado en general; y sabe adornarse como pocos.

En el momento de tirarse á matar creemos que es de los espadas que menos aburren al público; y creemos también, que es de los matadores que más pueden hacer. Si quiere, hará todas las suertes. Pero es preciso que quiera. Al herir, á veces se le ve menos valor que en lo demás de la lidia. Mata con habilidad, pero no siempre á ley; muchas veces levanta el brazo demasiado; y tiene la costumbre de, al armarse, colocar la mano á la altura de la montera casi, muchas veces; y esto constituye un defecto.

Por lo general, hiere siempre alto, pero suele dejar traseras las estocadas; sobre todo últimamente adolece de esto más que antes.

Como se arma con la mano tan levantada y él tiene una estatura muy suficiente, resulta que al ir la espada demasiado alta, como hace humillar bien, se le pasa el toro, por decirlo así, y clava atrás.

Algunas veces le resultan con tendencia á atravesar; y sucede por exceso de bondad, podríamos decir. Da muy bien la salida con la mano izquierda, y manda demasiado al toro á fuera, resultando eso de su estatura y modo de vaciar.

De manera que debe fijarse en esto, en conocer lo que debe mandar según el toro, para que no se le vayan demasiado. Para que no resulten bajas

las estocadas recibiendo, hay que tener mucho cuidado con eso.

Este diestro, al que en otro lugar de estos apuntes se le aplaude, por su insistencia en probar la estocada recibiendo, será el que, si continúa, como empezó, la resucite; pero parece que este año no procura tanto practicarla. Será una lástima que lo olvide. Ahora algunas veces cita sin decisión, suavemente; como para que no acuda el toro.

Adolece de otro defecto de que adolecen todos los toreros de hoy, y es el siguiente: guardar todo lo bueno para los toros buenos, y suaves, y no ir más que á salir del paso con los difíciles. De esto es causa el público, que autoriza tanto vicio.

Los aficionados modernos, aconsejan al punto los bajonazos, en cuanto el toro tiene algo, y da que hacer; y para los toreros es más fácil.

Esto no debe suceder tratándose de una de las primeras figuras entre los matadores. Uno que es lo que él, debe serlo siempre.

Los toreros se prueban con los toros mansos, difíciles, con poder y broncos; *las peritas en dulce* se las come cualquiera; los toros chicos y suaves, los toreaan todos los principiantes.

En resumen: Joselito, con todos sus defectos, que los tiene como todo hijo de vecino, y aun con un gusto por parte del público de lo más malo que hay, es un torero muy inteligente, muy largo, concienzudo, que ejecuta todo, y todo lo hace bien. Si tiene alguno que le haga apretar algo, y ceñir-

se, será de lo mejor que ha habido. Está ganando en todo considerablemente. El, y con él los buenos que haya, son los que han de estar encargados de hacer ver al público la verdad, probándole que está equivocado.

No deje lo de matar recibiendo, siempre que pueda, aunque á veces le salga mal. Ya le saldrá bien. Si practica esta suerte será el número uno, *pero con mucha diferencia*, de los toreros que ha habido en mucho tiempo.

Joselito, sin que por ello se envanezca, ha probado su valer en muchos casos.

Ha tomado la alternativa, *en condiciones*, á los diez y siete años. Toreó el primer año de alternativa 80 corridas. Fué el matador á quien aplaudieron mayor número de veces al matar sus toros en la temporada pasada. Es de los más activos en la plaza. *Ha probado hacer la suerte de recibir*. Hace faenas estupendas, y el año pasado mató en su última corrida 7 toros de 7 estocadas y 4 pinchazos. Esto dice mucho.

Resulta con Joselito que con él hay menos emoción que con otros por la seguridad y la facilidad con que hace todo.

Como remate diremos, para que se haga juicio, que en la temporada actual lleva toreadas desde Marzo hasta el día 8 de Junio presente, incluido este día, en que se jugó la corrida de despedida de *Minuto*, treinta y nueve corridas. En ellas ha puesto 115 pares de banderillas y 7 medios pares. Ha

matado 84 toros; de éstos ha toreado por verónicas á 52.

Ha entrado á matar 133 veces; de éstas han resultado buenas estocadas enteras, 37; medias buenas, 21; pinchazos y cortas en su sitio, 20; pinchazos en hueso (que por lo general suelen ser buenos), 11. Estocadas malas, 20; medias estocadas malas, 10; pinchazos y cortas mal puestos, 14. Ha descabellado 7 veces y ha dado 7 intentos.

Si la estadística sirve de algo, aquí tiene ésta el lector. Puede que alguno la aproveche completándola con lo que haga hasta fin de temporada.

Ahora que cada cual opine lo que guste de este gran torero.

IV

Juan Belmonte es un torero *sui generis*, y su toreo el más raro de los que se conocen. Alguien le ha llamado el misterioso, y a fe que lo califica bien. En él no hay término medio: ó entusiasmo ó aburre. De aquí las discusiones entre los aficionados. Depende sólo de haberlo visto en un momento ó en otro. En su momento es colosal; en los otros es de lo más vulgar, entre lo malo.

Vamos por partes. En primer lugar, se nota en Belmonte una carencia absoluta de facultades físicas; no tiene piernas para defenderse, pero casi tampoco para estar en pie. Su color denota poquísimas salud, y es temerario que se ponga ante los toros un hombre que no puede saltar la barrera ni de dentro á fuera tranquilamente cuando no está la res.

Al salir demuestra una dosis de valor más que regular. El torero ha de contar para todo con ligereza; en un momento dado, es lo que le puede salvar. El diestro que nos ocupa carece de ella en absoluto, totalmente.

Y ha de resultar que no puede confiarse como otros, que cuentan con la fuerza de sus piernas para caso de apuro.

Parece que este torero además no ha toreado lo suficiente para prepararse bien, y aún, que vió pocas corridas como espectador. Ese efecto hace.

El toreo suyo de fijo surgió de pronto, enérgico; apareció de golpe, sin escalones, sin avance, de una vez. Como torea ahora debió torear jugando con los chicos de muchacho. El siente así lo que hace, como nadie lo ha sentido; él ve las suertes y las mide de distinta manera que los demás. Por eso no ha aprendido de nadie por una sencillísima razón: *nadie ha toreado y parado como él hace a veces*. El, inspirado, concibió así el toreo, y sólo así sabe practicarlo.

De todo resulta que tiene que ser un torero muy corto, de muy escaso repertorio. Con los toros hay que variar; cada res es diferente á las otras, y todo no se puede ajustar á un solo patrón. Por eso Belmonte no hace más que unas cuantas cosas.

En el primer tercio, en cuanto á dirección de lidia, por lo general, desaparece. No puede correr los toros por derecho por su falta de facultades, ni puede prepararlos bien para la pica por su falta de ligereza; todo lo que hace ha de ser parado.

En los quites está en su sitio cuando sus piernas se lo permiten, y es valiente y se mete muy bien.

Las medias verónicas las da de una manera magistral. Clava los pies y se ciñe tanto, que parece materialmente que se arrolla el toro con el capote al cuerpo; hace el efecto de que la res está

domesticada. Medias verónicas tan ceñidas y paradas como las de él pocas veces se han visto; ni aquellas de *Frasuelo* tan apretadas se parecían.

Y llegamos á lo esencial: las verónicas. Esta sola suerte, hecha de vez en cuando, pues no siempre se prestan los toros para que salga bien, ha bastado para que de repente, en cuanto se le vió hacer una vez, se aclamara á Juan y se tuviera lo que hacía por cosa nunca vista. Sus verónicas, en algunos casos, son verdaderamente estupendas, como *nadie* las ha dado de paradas y de ceñidas; asombrosas. Nadie las ha dado tan valientes, de tanto castigo, más gallardas, desde los Palomo hasta él, que es el matador más moderno. Y no las ha mejorado; así fueron desde el principio, así las sintió él siempre.

No tiene la elegancia al mover los brazos que cuentan de Cayetano Sanz, ni de otros más modernos que hemos visto; no tiene la finura de algunos, y afirmo esto que á nadie he oído, pero que no deja de ser verdad. No son sus verónicas flexibles, suaves, por decirlo así; su toreo es enérgico, decisivo, contundente. Pero es tan parado, tan ceñido, tan justo, que ninguno sabe hacer lo que él hace algunas veces. Son verónicas tan ceñidas, y recoge tanto, que á veces parece como que no hay tiempo ni lugar para que sean bien apreciadas.

Claro que no con todos los toros se pueden hacer. Y sucede, sin embargo, que este diestro quiere hacer esta suerte con todos los toros, lo necesi-

ten ó no; abusando de ellas. Y ocurre esto por el público, como siempre. La gente va á la plaza cuando torea Belmonte, á verle torear por verónicas, y verónicas ha de dar, aunque no sean precisas; y llegan á gritarle y á insultarle cuando él, por creer que no deben darse, no lo intenta. El público grita, le increpa, y no hay más remedio que pretender torear; para luego, si no salen tan bien como otras veces, por las condiciones de la res, volver á insultarle y á los gritos.

Este torero carece de elegancia y de adorno; como que ni anda bien; y esto es causa de que no todos aprecien su trabajo; y no aplaudan los que no saben mirar á los pies de los diestros.

Y ahora, ¡tiemblen las esferas! ¡estremézcase el mundo!, asústense los doctores en tauromaquia; voy á decir una cosa estupenda, inaudita: *las verónicas de Belmonte no son perfectas*. Esas verónicas que tanto aplaudo y tanto entusiasman, *podían mejorarse*. Así, como suena.

Si un solo defecto que noto en ellas, desapareciera, entonces sí serían la perfección. Y ese defecto lo tiene él en menor grado que todos los toreros modernos en mucho menor grado; pues es general, como decíamos.

Noto, y lo digo imparcialmente, que levanta demasiado la mano de fuera. Todos los diestros de ahora levantan el brazo de fuera, en vez de alargar los dos, sin levantarlos; ya lo decíamos.

Y me explico este defecto de este modo: toma

á la res tan cerca, que la empapa, no con los vuelos de la capa, sino con toda ella, con el centro, digamos; y al darle salida, como el toro no sigue los vuelos, sino el centro de la tela, no saldría bastante despedido y se quedaría en la mitad de la suerte, si no levantara el brazo de fuera. Sucede esto por ceñirse, por tomar á la res de cerca, sin hacer que tome los vuelos un momento antes de llegar; pero quita belleza y finura á la suerte. Por eso resulta, como antes decía, menos elegante que la de algunos otros, ya pasados.

Diestros ha habido que no levantaban los brazos. Los extendían primero hacia el lado por donde viene la res, para hacer que los vuelos se adelanten y los tome el toro; y luego que los toma, sin levantar los brazos los estiraban para alargar los vuelos al otro lado, despidiendo así al bicho, resultando que se recoge mejor y hay más elegancia.

Claro, que, á veces, es preciso levantar los brazos; precisamente cuando el toro es codicioso, se revuelve pronto, va ganando terreno, ó *no toma bien los vuelos* del capote; entonces hay que despedirlo lejos, y solo se consigue levantando el engaño y los brazos.

De modo que adolece él del vicio común, aunque en menor grado.

No se deduce de esto que las verónicas de Juan no son buenas; pues en cambio de ese lunar, más paradas, más ceñidas, en menor terreno, más firmes y de más ley, nadie las ha dado.

En el segundo tercio, en las banderillas, no podemos juzgar á estotorero. Para banderillar hacen falta condiciones y facultades físicas que él no tiene.

El toreo de muleta. Algunas faenas suyas son estupendas sencillamente. Pero con la imparcialidad que quiero y creo tener siempre, digo, que son más de efecto para la galería que otra cosa.

Es un toreo (al contrario del de las verónicas, que es buenísimo), que sirve para obtener aplauso, y muchas veces nada más que para eso. Y la prueba está en que, cuando no sale un toro muy á propósito, no sirve para nada. Esa clase de toreo, esos pases tan seguidos y tan cortos, en que la res no vuelve más que la cabeza, la atonta, pero no la destronca; no cumple el principal fin del toreo de muleta. Y tenemos, á su vez, la prueba de esto, en que en el momento en que se deja al toro, por cualquier causa, descansar unos instantes, unos minutos, ya está otra vez como al principio. Ese toreo que ahora entusiasma, no es el mejor. Claro, que, hay que confesar, que dentro de ese estilo, el que más emociona es Belmonte, por el corto terreno que necesita y por lo parado que suele estar. Por estas dos circunstancias, algunas de sus faenas, dentro de ese toreo, son colosales.

Cuando este diestro da pases naturales y de pecho, tranquilos y sin esos desplantes ni molinetes, corriendo bien la mano y tan parado y tan ceñido como lo hace, entonces, entonces sí que torea bien, y *pasa* de muleta á las mil maravillas.

Con el otro toreo de efecto *no se pasa el toro*; se pasa el torero de un lado al otro, y *sin pasarla* se le hace á la res volver la cara y se la marea.

Belmonte, á pesar de todo, en algunas faenas, asusta. Es imposible estar más cerca y más parado. Y esto sólo constituye un mérito. Cuando hace algunos trasteos de esos tan apretados, el público entero se pone en pie y le aclama sin cesar. Es emocionante.

Encontramos el defecto de que el diestro quiere emplear igual modo con todos los toros, y como estos no son iguales, le da á veces malos resultados, y es cogido. Pasa poco por alto, muy poco.

A Juan hay que señalarle también, como a todos los modernos (menos uno ó dos) otro vicio; el de preferir siempre, y abusar muchas veces de la derecha; siempre pasa con esa mano. Esto no se debe hacer, y conduce á muchos revolcones, querer torear siempre igual. Esas grandes faenas las ejecuta con la derecha siempre.

El secreto de Belmonte para entusiasmar, es su toreo parado.

El cumple este requisito, y resulta su modo de torear, que entusiasma. Es un torero de brazos y no de pies.

Confirma lo que apuntábamos en otras páginas. Y también sobresale por lo ceñido que realiza todo.

Son las dos condiciones más difíciles de tener un torero; por eso el que las tenga, dominará; por eso él ha causado una revolución, no sé si justa ó

injusta, con razón ó si ella, pero la ha causado, desde que empezó á torear. Nadie, absolutamente nadie, ha cobrado lo que él de novillero; y repito, no sé si con justicia ó sin ella; pero es un hecho.

Y es que el toreo parado es el verdadero; no hay que darle vueltas. Belmonte ha venido á dar razón á lo que, antes que el tuviera fama, afirmábamos.

En el momento de entrar á matar cambia por completo el cuadro. Aquí desaparece el buen torero por completo. Hasta ahora, pocas veces ha entrado bien. O se hecha fuera, o es cogido.

Domina poco á los toros, y además no hace bien la suerte. Y es raro que un hombre que da esos monumentales pases naturales y de pecho, tan cerca y tan valiente, no sepa con la muleta ni hacer humillar, ni sacarse el toro. Entra con la muleta alta, se tapa el pecho, y no da salida.

Atribuyo yo esto á que como no puede llevar velocidad si se tira de lejos (como no se debe), ni puede tirarse muy en corto, porque no puede confiarse por la falta absoluta de piernas, no puede ejecutar bien la suerte. Es preciso contar en todo momento con facultades y fuerza; sinó no se puede uno confiar.

Recuérdese lo que decimos en páginas anteriores sobre la suerte de matar. Allí se encuentra explicación de lo que hace todo diestro.

Por todo esto notamos en él esa precipitación para herir, ese deseo de acabar pronto, que tan malos resultados le da.

¿Cómo este diestro, si está enfermo, como parece demostrarlo su cara y sus movimientos, no se pone en cura formal y descansa una buena temporada? ¿Siempre ha de estar sin salud? Eso de salir á la plaza, casi inútil prueba un valor enorme, pero prueba acaso también temeridad. ¿Se resigna él á torear siempre en tan malas condiciones? ¿O es que, desgraciadamente, ha de suceder así? ¡Con cuánto gusto veríamos todos á Juan Belmonte, al torero valiente, repuesto y sano!

Es posible que el toreo suyo haya resultado así precisamente por esa falta de facultades, y de piernas. *Sin compararlos*, recuerda algo al Espartero; aquél no sabía correr; Juan ni sabe creo, ni puede.

¿Torearía Belmonte así si tuviera facultades? No se sabe; acaso no.

En resumen: es un torero corto, cortísimo, muy deficiente; hace poco y con toros muy á propósito. No adelanta y se nota falta de conocimientos muchas veces.

Pero en esos momentos suyos, es un gigante. Yo declaro, que en los, ya muchos, años que llevo viendo toros, lo que más me ha gustado de todo lo que se ha hecho ha sido: el modo de entrar en banderillas de Rafael Molina, *Lagartijo*; las estocadas á un tiempo de Salvador Sánchez, *Frascuelo*; el modo de preparar y jugar con los toros antes de banderillar de Rafael Guerra, *Guerrita*, y las verónicas de Juan Belmonte.

Un mérito grande hay que reconocer en Juan, y hay que agradecerle. El ha hecho que los otros procuren copiarle en algo; ya, por seguir su escuela, se va viendo toreo parado y ceñido; ya se nota que se empieza á usar el toreo de brazos. Esta regeneración que parece se inicia, se debe á él. *En los momentos suyos* para competir con él hay que torear de brazos y parando mucho.

Como datos daré los siguientes, tomados en lo que va de temporada:

Ha toreado en ésta, desde Marzo hasta el día 8 de Junio, incluído, en que se verificó la despedida de *Minuto*, en 22 corridas; ha matado 37 toros, ha entrado á matar 88 veces; en estas han resultado buenas estocadas enteras, 8; medias estocadas buenas, 6; pinchazos y cortas, bien puestas, 18; pinchazos en hueso (que por lo general están bien colocados), 3; estocadas malas, 9; medias malas, 12; pinchazos y cortas mal puestas, 32; ha descabellado 8 veces; ha dado 12 intentos; ha toreado de capa por verónicas á 35 toros; ha tenido 13 cogidas y ha sufrido un puntazo.

Cada cual comente ahora á su gusto.

FINAL

Repetimos lo que decíamos en la otra edición, que encontramos, entre otros, dos defectos en estos apuntes; uno, el lenguaje demasiado *familiar*, por decirlo así; y otro, que dicen acaso menos de lo que debían decir, por determinados miramientos.

Se ve bien que están escritos á la ligera, al correr de la pluma, muy deprisa.

Un cuaderno que trata de hacer ver vicios; no puede ser entretenido, no puede tener esa amenidad de lo que se escribe para agradar, para deleitar, y por su carácter, estos párrafos han de parecer pesados al que no sea aficionado á toros, aunque sea aficionado á toreros.

Claro es que en los libros que se escriben para todos, para enseñar algo, ha de atenderse más al fondo que á la forma, y que cuando ésta es demasiado florida, se aleja á veces el concepto y se explica peor, ó lo encuentra peor explicado el lector,

si no es persona de letras; y es verdad también que un libro de toros no necesita un espléndido estilo. Asimismo creemos que dando demasiada extensión á un cuaderno como este ha de hacerse pesado, y que por el contrario gusta ver, en pocas páginas muchas ideas. De modo que nos perdonamos los dos defectos que nos señalábamos, en gracia de una virtud que encontramos en los capítulos anteriores; la imparcialidad.

Si no por un diestro determinado, podía habérsenos ido la pluma en favor de una tendencia, de una costumbre, de una clase de toreo, de una época; pero afortunadamente no ha sucedido así.

Podré estar equivocado; pero, aficionado de veras á la fiesta de toros, sólo he tratado de exponer lo que me parece que al presente constituye defectos ó vicios en ella con el fin de que se corrijan. No defiendo ni ataco á ninguna persona determinada; es decir, sí; se desprende de todo el libro que el culpable de lo malo que hay es el público; parte de él, mejor dicho; de manera que á la entidad público es á la que principalmente van dirigidos los tiros, para que los reciba la parte de él, que es causa de lo malo que se ve. Y no se me pregunte que quién me autoriza á mi para corregir á los demás y ser maestro. No quiero autorización *ni pretendo poner cátedra*. Digo lo que me parece y nada más. Suponiendo que yo tengo razón en lo que apunto, y suponiendo que en nada me equivoco, si aun así no se quiere hacer caso y se

prefiere lo malo, me es igual; sólo lo sentiré por lo que me aburrirán las corridas y por el arte mismo. Cada cual puede decir lo que piensa; y eso hago. Eso sí, estoy seguro de que no se me podrá tachar de parcial en ningún momento, ni había para qué serlo.

Para que este tomo no resultase una obra técnica que tratase de las suertes del toreo, una por una; del modo de ejecutarlas; de los toros, etc., etcétera, á la manera como se hace en los tratados de tauromaquia, ha habido que tratar algunas cosas un poco á la ligera, pues de otro modo podría creerse que era otro el fin del libro. Al decir que tal ó cual suerte se hace mal por esta ó la otra razón, es necesario indicar cómo es, por qué es vicio aquello que se critica, cómo se remediaría el defecto, y todo esto parece querer dar el carácter de la obra técnica, cuando lo único que se pretende es señalar lo mal hecho. Por eso se habrá notado también que *se habla más de lo malo que de lo bueno* que hay, como que lo bueno no necesita reformarse, y solo pretendemos aquí que se cambie lo defectuoso que exista. Así que, aun teniendo que indicar, á veces, forzosamente, algo que parece técnico, huímos de ello en lo posible; tratando á la ligera, como decimos, aquellas materias que debían llenar muchas páginas; y únicamente indicamos los defectos que en general, se ven en la lidia.

Recordamos lo dicho en otro lugar. Lo que nos

gustaría sería que alguien de más autoridad tratara estos asuntos, que se hicieran libros más completos por este estilo, en la seguridad de que habían de ser mejores que este mil veces, y habían de ganarle en todo, menos en tres cosas: en imparcialidad, en buena voluntad y en modestia.

Puede que se ocurra á alguno pensar que sobre materia de toros sólo los toreros pueden discurrir y hablar. Es un error. Sucede, por lo común, todo lo contrario. De toreo, de ejecución de suertes, de conocimiento de las reses, de práctica, en una palabra, si pueden hablar y deben hablar los toreros, cuando se trata de ejecutar, pues son los únicos que pueden estar delante del toro y saben lo que es eso. Pero de los vicios que padecen esos toreros, de los defectos de los toros, de los abusos de los ganaderos y de las empresas, de la falta de celo de las autoridades, y sobre todo, de los defectos del público, de la ignorancia de parte de él; de todo esto puede hablar, mejor que un torero, uno que no lo es, pues el diestro por fuerza ha de ser parcial, ha de defender lo que él hace y ha de aplaudir el gusto de los que le tocan palmas.

Siempre que hemos oído hablar á un torero de estas materias, hemos tenido ocasión de ver su injusticia, queriendo ajustar todo á su patrón, y queriendo hacer ver que nadie que le contradiga entiende de toros ni una palabra.

Ojalá, público y toreros entren por el buen camino, ojalá, quitando algunas torpezas que exis-

ten, alcancen en esta época las corridas de toros el grado de perfección que deben tener, dado el número de reses que se torear y dada la inmensa afición que existe hoy día á la fiesta más hermosa y arrogante y gallarda que se conoce.

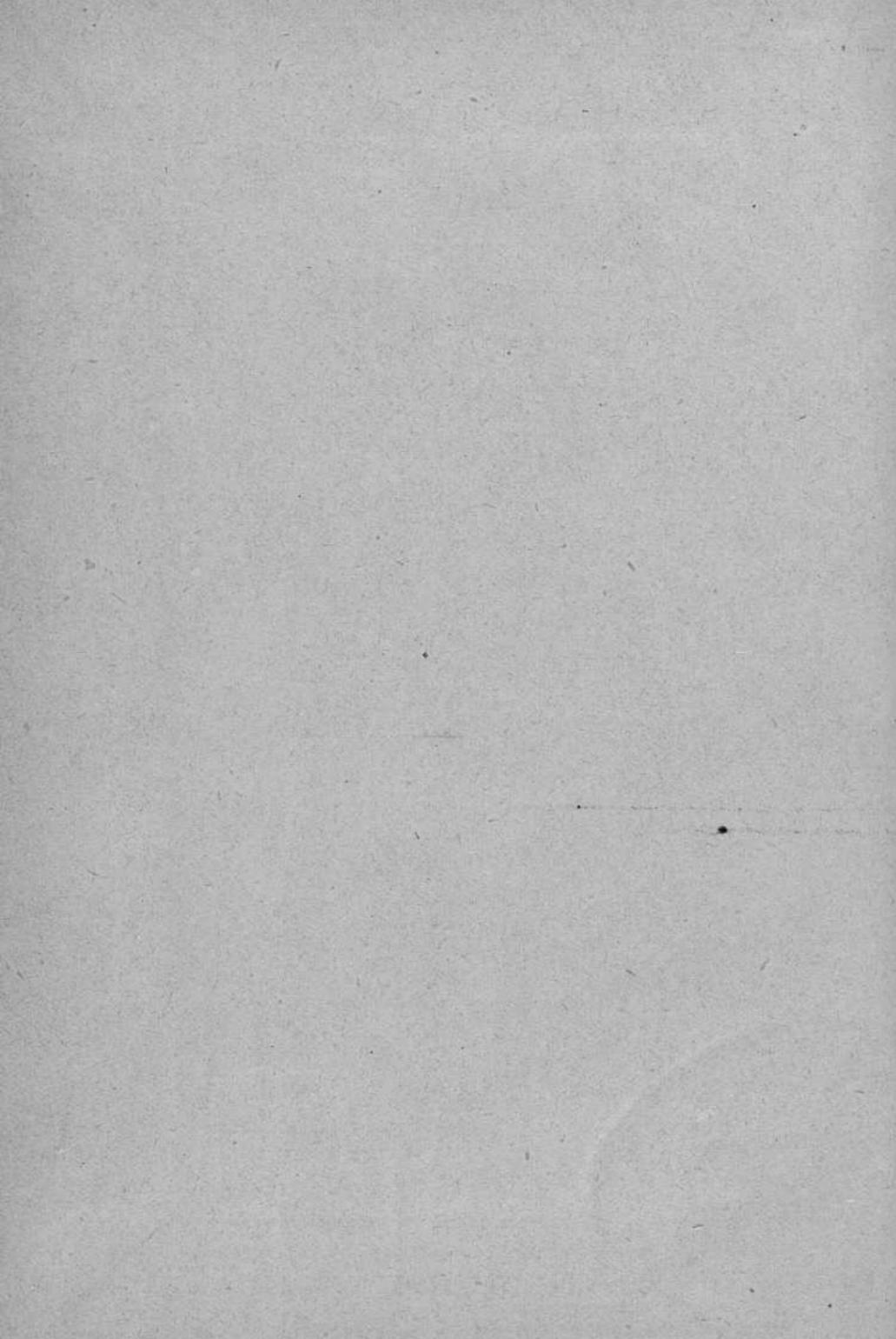
Madrid, Junio de 1914.

EL BACHILLER GARROCHA.

0150



Precio: TRES pesetas



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

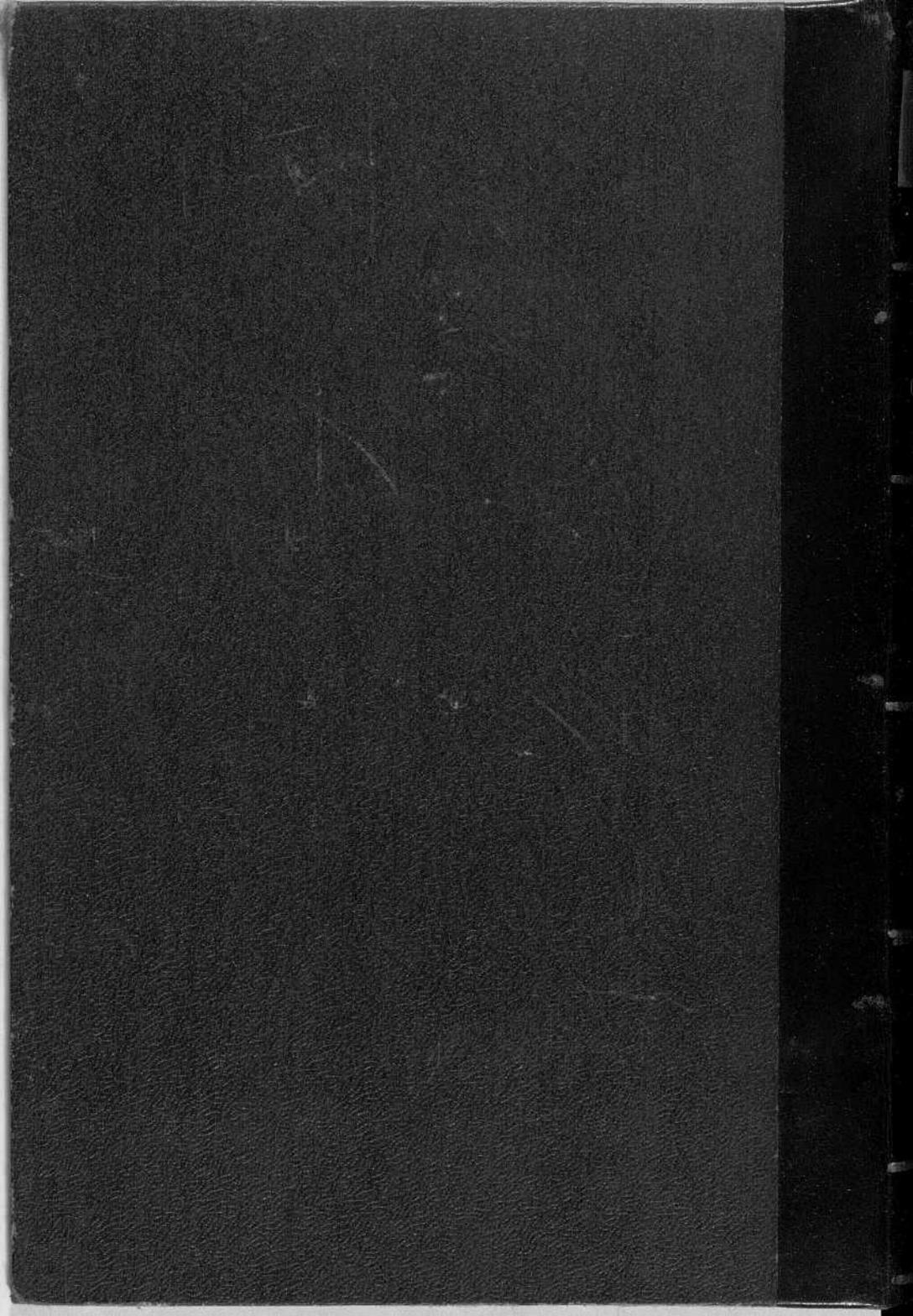
Pesetas

Número. 161 | Precio de la obra Pesetas

Estante . 1 | Precio de adquisición.. ..

Tabla... 1 | Valoración actual.....

Número de tomos.



161

GARROCHA

LAS

CORRIDAS

DE TOROS